

De noche, contar cuentos. De día, imaginarlos. Así vivió Schehrasad los tres primeros años de su matrimonio con el rey Schariar. Al cabo de esos tres años se la veía macilenta, ojerosa, hacina. Tenía los ojos enrojecidos. Sus pechos eran como pasas de uva. Sus caderas, semejantes otrora a dos alfaques, parecían un par de papiros egipcios negligentemente arrollados. Había envejecido en forma prematura. En cambio, su hermana menor, Dunyasad, estaba más hermosa que una grácil rama de bambú, más que un esbelto tallo de arrayán, y su cara brillaba como la luna en el mes de Radamán, cuando luce más clara y más redonda. De modo que en la noche 1002 el rey despreció a Schehrasad y amó a Dunyasad.